

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Los fundamentos del nacionalismo norteamericano: la construcción de una nación.

Dorado, Analía Inés.

Cita:

Dorado, Analía Inés (2005). *Los fundamentos del nacionalismo norteamericano: la construcción de una nación*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/746>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: Los fundamentos del nacionalismo norteamericano: la construcción de una nación.

Mesa Temática: Mesa Nº 79 De la Revolución a la Reconstrucción: Política y Economía en los siglos XVIII y XIX de los Estados Unidos de Norteamérica.

Pertenencia institucional: Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia

Autor/res: Dorado Analía Inés, Estudiante de Historia

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico: Pedro Lozano 3047 Dpto. 45, 4502-6704, 1417, analia_dorado@hotmail.com

El presente trabajo trata de indagar acerca de las principales características constitutivas del pensamiento nacionalista norteamericano desde la Declaración de Independencia de 1776 hasta los albores del siglo XX. El objetivo central no es realizar una historia del nacionalismo americano, sino reflexionar acerca de sus problemas más importantes. A diferencia de los nacionalismos europeos y latinoamericanos, el caso norteamericano presenta importantes particularidades que no se han observado en ningún otro país, lo cual convierte a su estudio en un tema de gran importancia para la comprensión de su historia reciente y los sucesos que actualmente aquejan a este mundo globalizado.

Resulta paradójico que siendo Estados Unidos de América uno de los principales países en donde el sentimiento y pensamiento nacionalista se ha arraigado y consolidado en la sociedad con mayor fuerza, sea el único país que carece de un nombre propio. Esta paradoja no es la única que se le presenta a cualquier estudioso de los movimientos nacionalistas, ya que el caso de los Estados Unidos esta tan impregnado de situaciones particulares y únicas que difícilmente el estudio de su nacionalismo pueda equipararse con el del resto de los países. En general el enfoque comparativo nos permite más caracterizar al nacionalismo norteamericano por la negativa que por las similitudes que comparte con el resto de los movimientos nacionalistas de fines del siglo XVIII y XIX.

Una interpretación sobre el concepto de nacionalismo

Antes de concentrarnos en la especificidad del nacionalismo norteamericano, nos gustaría introducir brevemente algunas consideraciones acerca del concepto del nacionalismo y sus orígenes. Como sostiene Ernest Gellner, el nacionalismo se autodefine desde el principio universal y necesario de la identificación excluyente entre organización social, cultura y estado. El nacionalismo no se autocuestiona, no se relativiza, no se explica, sólo se afirma. El nacionalismo se siente universal y necesario. Percibe en sí mismo que siempre existieron y existirán las naciones en la medida en que expresan la propia naturaleza humana, lo que realmente es. Y, quizá, en ello resida su verdadera solidez no ya como teoría, sino como patrón de conducta social; como solución específica al problema humano de la búsqueda del sentido.

Para este autor, el nacionalismo tiene su razón de ser histórica. Así, Ernest Gellner se ubica en una posición intermedia entre, de un lado, el esencialismo de los teóricos clásicos del nacionalismo y, de otro, los relativistas que no otorgan un sentido histórico concreto a este fenómeno. No siendo en sí mismos universales, parecen existir, para este autor, factores concretos que determinan el surgimiento del nacionalismo en conexión con los condicionamientos socio-económicos que trae consigo el estallido de la modernidad a partir del siglo XVIII. En el orden social premoderno, basado en la rigidez, la diferenciación cultural-estamental en el seno de las sociedades preindustriales constituía un elemento funcional de primer orden. Como tal, tendía a perpetuar el régimen de distribución de los privilegios de arriba abajo en un marco de parcelación de identidades bien definidas, compatibles con la relativa integración política del estado absolutista. Esta situación experimentó un vuelco decisivo con la llegada de la modernidad ilustrada. Su movilidad, anonimato y atomización sociales serán rasgos que crearán un nuevo plano de relaciones sociales abiertas y cambiantes. La industrialización conllevará una transformación fundamental en el proceso productivo. Es aquí donde Ernest Gellner encuentra las condiciones que hicieron

socialmente necesaria la elaboración de identidades culturales homogéneas identificadas con la unidad política: el estallido de los sentimientos nacionales.

En definitiva, para este autor, lo verdaderamente determinante en este proceso es la nueva dimensión semántica que adopta el trabajo. Los mecanismos de funcionamiento de la actividad industrial implican, ante la "invisibilidad" de los individuos involucrados en el mismo, la supresión del contexto como orientador del significado. Esto conduce a la necesidad de elaborar una cultura superior homogeneizadora inscrita en un programa de alfabetización estatal que haga factible la adquisición de unas habilidades y un código común imprescindibles para el correcto funcionamiento del sistema. *"Esto es lo que permite explicar el nacionalismo: el principio -tan extraño y excéntrico en la época de la diversidad cultural agraria y de la división étnica del trabajo- de que la homogeneidad de la cultura es el vínculo político, que el dominio -y cabría añadir, la aceptabilidad de una determinada cultura superior (la que utilizan las burocracias vecinas)- es el requisito de la ciudadanía política, económica y social. Si uno satisface esta condición, puede disfrutar de su 'droit de cité'"*¹

Tomando como punto de partida la obra de Ernest Gellner, Rafael Vidal Jiménez sostiene que *"la idea de nación, en tanto se construye a través de un doble juego de proyección-identificación hacia dentro y exclusión hacia fuera, coloca la territorialidad, las fronteras físicas y reales en la línea separadora de lo único y lo diferente, de un nosotros y un ellos. (...) Las naciones se configuran simbólicamente desde sus propios relatos de origen en colisión con los relatos emancipadores del proyecto liberal-democrático."*²

Por lo tanto, basándonos en el análisis de estos dos autores sobre el significado y el origen histórico de la nación y el nacionalismo durante fines del siglo XVIII y XIX, a continuación nos centraremos en el análisis específico del surgimiento de la nación y el nacionalismo norteamericano durante, lo que se ha denominado, la Era del Nacionalismo.

¹ Gellner, Ernest; *Nacionalismo*, Barcelona, Destino, 1998, p. 61.

² Vidal Jiménez, Rafael; *Nacionalismo y globalización: localización-descolonización simbólica del espacio social*, 1999.

Hacia una nación: la idea norteamericana de libertad

Si bien el origen del nacionalismo norteamericano debe ubicarse dentro de los movimientos nacionales occidentales que surgieron luego de la Revolución Francesa de 1789 y se desarrollaron durante todo el siglo XIX, este difiere en muchos aspectos del modelo usual de análisis de los movimientos nacionales europeos y latinoamericanos. Como sostiene Hans Kohn, *“el desarrollo de los Estados Unidos ofrece la única oportunidad de ver, a la luz de la historia, el nacimiento y desarrollo de una sociedad nacional. (...) Fuerzas naturales y subconscientes han contribuido generalmente al proceso de aparición de una nación en forma más acentuada que las libre decisiones humanas. Pero no sucede así en el caso de los angloamericanos, quienes se establecieron como nación sin la ayuda de los elementos que generalmente se suponen constituyen una nación autóctona.”*³ Mientras que en la mayoría de los movimientos nacionalistas europeos los elementos más importantes para integrar una nación eran: una religión común, una ascendencia común y un territorio históricamente definido, en el caso de los Estados Unidos ninguno de estos elementos fueron fundamentales, ni estuvieron presentes, ni actuaron del mismo modo.

Respecto de la religión, en las trece colonias no existía una religión común. Ya desde sus orígenes primaba en la sociedad norteamericana una libertad y diversidad religiosa única en su época. Como sostienen diversos autores, mientras que en otros movimientos nacionales las religiones fueron fundamentales para impregnar el carácter nacional del nuevo Estado nación, en el caso norteamericano, por el contrario, el carácter nacional norteamericano impregnó las diversas manifestaciones de la vida religiosa. Como sostiene Hans Kohn, remontándose a Alexis de Tocqueville, *“en los Estados Unidos todas las religiones representadas se han americanizado”. (...) La idea americana ha dado forma a sus actitudes de tal manera que éstas difieren fundamentalmente de las de aquellos que profesan la misma religión en otros países (...) El individualismo americano*

³ Kohn, Hans; *El pensamiento nacionalista en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial Troquel, 1966 (1944), pp. 15-16.

*(...) ha prevalecido en todas partes, incluso en la Iglesia; acomoda la doctrina y el culto a sus propias necesidades.*⁴ El hecho de que la religión no determinara la forma de vida americana, sino más bien que esta última influyera en las diversas manifestaciones religiosas, no disminuyó la vitalidad de la religión. Lo importante de resaltar es que a pesar de que las diferencias entre las diversas religiones han persistido, la unidad de la idea americana ha provisto de un marco dentro del cual la vida espiritual y religiosa del país ha podido desarrollarse y adaptarse libremente.

Al igual que la religión común, el arraigo a un territorio común fue otro de los elementos determinantes del encumbramiento y el carácter de las naciones europeas. Algunas sociedades despertaron a la vida nacional en el siglo XIX debido a la revivida conciencia del apego a la tierra de sus ancestros; este sentido de arraigo jamás existió en el caso norteamericano. Más que el apego a una tierra común, lo que caracterizó al pueblo estadounidense y a su nación desde los orígenes, fue el desplazamiento. Este desplazamiento no fue sólo de carácter social, de abolición de clases sociales y castas, sino también un desplazamiento geográfico, contrario a los principios aceptados del nacionalismo.

Por lo tanto, observamos que mientras que fuera de Estados Unidos, la mayoría de las naciones trataron frecuentemente de hallar su identidad enfatizando las raíces de una ascendencia común y una tierra ancestral, ninguno de estos elementos tuvo influencia decisiva en el surgimiento y fortalecimiento del nacionalismo norteamericano. Tampoco ningún elemento espiritual o cultural aceptado generalmente como fundamentales para la formación de una nacionalidad separada, como son el idioma, la ley y la literatura, fueron centrales. Ya que mientras los pueblos europeos, en la era del nacionalismo, proclamaban su independencia haciendo referencia a sus viejas y diferentes tradiciones de civilización, en el caso de Estados Unidos estos elementos ataban a los angloamericanos a la madre patria.

La guerra por la independencia norteamericana, comúnmente comparada con las guerras europeas de liberación nacional o los movimientos anticoloniales,

⁴ Ibid.; p. 17.

tuvo rasgos específicos y diferentes a estas últimas, ya que mientras la mayoría de los pueblos europeos y latinoamericanos durante la era del nacionalismo, luchaban por su nacionalidad contra gobernantes extranjeros, los norteamericanos lucharon contra Inglaterra no porque se hubieran sentido “antiingleses”, sino porque eran ingleses. La independencia no se fundamentó en motivos de “opresión”, sino que por el contrario, fue el sentido de fuerza, libertad y prosperidad económica el que hizo inevitable la separación de las trece colonias, a pesar de todas las afinidades, con la madre patria. Como sostiene Hans Khon, *“la guerra de las trece colonias contra Gran Bretaña no era una guerra entre nativos y gobernantes extranjeros, sino una guerra civil británica con el objeto de interpretar, mantener y ampliar la constitución británica.”*⁵ Todos los norteamericanos consideraban que la Gloriosa Revolución de 1688 y su gran *Bill of Rights* (Declaración de los Derechos) habían garantizado a todo ciudadano británico ciertos derechos –especialmente derechos a la libertad y propiedad- que ningún gobierno podía violar legítimamente. Su oposición a una nueva política imperial estaba basada en el reclamo del partido Whig británico en el sentido que constituía un ejercicio arbitrario del poder, una violación a esta herencia de los derechos británicos. “Libertad y Propiedad” se convirtió en el lema de la revolución; el temor a las transgresiones de la autoridad se transformó en el concepto determinante de un emergente republicanismo norteamericano.

Como sostienen Charles Sellers, Henry May y Neil McMillen, *“los norteamericanos no se rebelaron contra Inglaterra, como los Tories conservadores frecuentemente sostuvieron en sus imputaciones, para derribar un orden social establecido y promover en su tierra el espíritu igualador de la democracia. Comparada con subsiguientes revoluciones europeas, la Revolución Norteamericana fue esencialmente conservadora, iniciada con propósitos políticos y constitucionales limitados y llevada a cabo sin mayores trastornos internos.”*⁶ La Declaración de la Independencia redactada por Thomas Jefferson con la ayuda de Benjamin Franklin y John Adams en 1776, era en su mayor parte una larga y

⁵ Ibid.; p. 20.

⁶ Sellers, Charles, May, Henry y McMillen, Neil; *Sinopsis de la Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial Fraternal, 1988 (1985), p. 108.

exagerada lista de violaciones británicas de los derechos americanos, que no ofrecía una sutil interpretación de hechos. Lo que hizo de la Declaración un factor trascendental de la historia fue su preámbulo, que destiló en unas pocas frases la esencia de la teoría de gobierno lockeana de derechos naturales: *“Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales, y que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Que para asegurar estos derechos se instituyen gobiernos entre los hombres que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Que cuando quiera que cualquier forma de gobierno se torna destructora de estas finalidades es derecho del pueblo alterarla o abolirla.”*

Cuando terminó la guerra con la victoria de las trece colonias nació una nación. El lazo que la unió, y la separó al mismo tiempo de otras naciones, no se fundamentaba, como hemos visto, en los atributos comunes de la nacionalidad, sino en una idea que individualizaba a la nueva nación entre las demás naciones. Esta idea que congregó a las trece colonias en una única nación, había hallado su expresión en la Constitución y en el *Bill of Rights* británicos. Como sostuvimos anteriormente la nueva Constitución de los Estados Unidos es apenas un simple y austero documento, que evita detalles y no proclama solemnemente la soberanía de la nación ni invoca altos principios morales o religiosos, pero a pesar de esto para el conjunto de la sociedad norteamericana, la Constitución es un símbolo y manifestación supremo de la manera de vivir de la nación estadounidense y está tan consolidada con la existencia misma de la nación que ambas se han tornado inseparables. Por lo tanto qué es lo que la hace tan perdurable y significativa. Siguiendo el análisis de diversos autores, podemos sostener que su fuerza perdurable reside, no tanto en lo que dice, sino en lo que representa: el encasillamiento de la idea por la cual se constituyeron los Estados Unidos, que no es otra que la idea norteamericana de libertad.

Como sostiene Hans Khon, *“que esta universalización de la optimista y humanística visión del futuro no degenerara en una utopía peligrosa, (...) se debe al hecho de que la idea americana de libertad, con su mensaje universal, estaba*

*fuertemente arraigada en la histórica tradición inglesa. Sin esta raíz, el experimente angloamericano pudo haberse perdido en utopías y radicalismo; pero sin trascender en su fundación nunca hubiera florecido en una idea nacional capaz de fundar una nueva nación.*⁷

Como sostuvimos anteriormente el elemento central en que se basó el surgimiento de la nación norteamericana, no ha de encontrarse ni en un territorio común, ni una religión ni en un pasado mítico, como en los otros movimientos nacionalistas, sino en una idea. Como lo expresó Richard Hofstadter, *“ha sido nuestro destino como nación, no tener ideologías sino ser una ideología.”* Esta ideología era una ideología extranacional: la filosofía del siglo XVIII; pero estaba basada, y al mismo tiempo limitada, por la tradición inglesa que siguió siendo el factor individual más importante en el desarrollo de la vida americana. Pero esta autoidentificación norteamericana con la libertad, no era puramente “norteamericana”, como la mayoría de los estadounidenses presumía, sino que derivaba de una autoidentificación similar de los ingleses; ya que después de todo, las libertades británicas y norteamericanas habían nacido de raíces comunes y se desarrollaron desde la Carta Magna hasta las revoluciones del siglo XVII. Como sostiene Hans Kohn, *“la identificación del nacionalismo inglés con la libertad, es desde entonces, una tradición. Más esa identificación fue, desde el comienzo mismo mucho más fuerte en los Estados Unidos, y formó la base de interpretación nacional de la historia americana.”*⁸

Por lo tanto si el cimiento principal del nuevo nacionalismo norteamericano era una idea de libertad compartida con la madre patria, cuáles fueron los elementos y procesos históricos que condujeron a su separación final de Europa y a la consolidación de la nación, es decir, a la identificación de un “nosotros” en oposición a un “ellos”. Según Ray Billington⁹, en su reconsideración de la famosa tesis de Frederick Jackson Turner acerca de la importancia de la frontera en la historia y en el nacionalismo norteamericano, la expansión del imperio occidental y

⁷ Kohn, Hans; op. cit.; p. 23.

⁸ Ibid.; pp. 42-43.

⁹ Billington, Ray; *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, New York, Macmillan, 1949.

la interpretación de sus funciones en la vida norteamericana ayudaron a los Estados Unidos, en su reciente nacionalismo, a apartarse de Inglaterra y Europa. La influencia de la siempre móvil frontera tendió a disminuir el sentido de orígenes y raíces comunes que enlazaban a ambos márgenes del Atlántico Norte. La existencia de la frontera norteamericana fue un elemento unificador del nacionalismo norteamericano, que permitió no sólo acoger en vastas tierras a los diversos norteamericanos de los distintos estados y secciones de la nación, sino que también contribuyó en forma decisiva a la ilusión de que los Estados Unidos eran algo fundamentalmente diferente de Europa. Como sostiene Hans Khon, *“los Estados Unidos dieron la espalda al Atlántico y miraron hacia el Pacífico. Esto no sólo se transformó en aislacionismo y, a nivel continental, insular –actitud ésta compartida con la Madre Patria- sino que también hizo nacer una conciencia antibritánica y antieuropea.”*¹⁰

Hacia las postrimerías del siglo XVIII el marco ideológico y político de la naciente nación había quedado establecido. En comparación con Inglaterra y el resto de Europa, los Estados Unidos de América constituían un nuevo tipo de nación, aparentemente sin pasado o antecedentes, pero dotada de un gran futuro. En su fundamento como nación se asentaba la creencia de que la promoción del bienestar general era la mejor manera de fortalecer y vitalizar a la nueva nación. La mentalidad americana asentó la idea, novedosa para la época, de dar a cada individuo una participación creciente en la sociedad nacional y al hacer de sus intereses económicos un eslabón en la nueva lealtad nacional; la prosperidad común fue el cimiento más seguro para la unión. La separación de los Estados Unidos de Inglaterra se basó no sólo en la universalización del histórico concepto inglés de libertad, sino también en un sentimiento de igualdad social desconocido en la aristocrática madre patria, e impensable en la estratificada Europa de principios del siglo XIX.

“Una república de muchas repúblicas”: la solución federal

¹⁰ Khon, Hans; op. cit., p. 37.

Mucho tiempo pasó antes que los Estados Unidos se consolidaran como nación. Si bien la unidad de las trece colonias estaba basada en la idea norteamericana de libertad, era necesario idear una solución política que permitiera conservar la unidad nacional entre tan diversos sectores, regiones e intereses políticos y económicos que conformaban la naciente nación. El sistema federal, una confederación de poderes soberanos e independientes, fue la clave que permitió no sólo mantener a las diversas secciones unidas, sino también consolidar el nacionalismo norteamericano. Desde sus orígenes como nación hasta el final de la Guerra Civil, fue la conjugación del accionar de la idea norteamericana de libertad y del sistema federal, lo que permitió que Estados Unidos pudiera completar la cristalización de su nacionalismo, y saliera del conflicto más fuerte y más unido. Como sostiene Hans Khon, *“en los Estados Unidos (...) gracias al principio federativo, se formaron naciones en las cuales los ciudadanos de distintos puntos, a pesar de tener tradiciones, economías y antecedentes distintos, han podido vivir juntos en orden y libertad, desarrollando en común un alto grado de prosperidad. Lo que unió a estos variados intereses seccionales en una sorprendente cohesión nacional fue una combinación de libertad individual y principio federal, basada en la tradición sentada por la Gloriosa Revolución inglesa que sustituyó la fuerza por el diálogo, las concesiones y los compromisos.”*¹¹

La Guerra Civil Norteamericana de 1861, uno de los eventos más importantes de la historia de Estados Unidos, reflejó claramente las particularidades del nacionalismo norteamericano. A diferencia de otros procesos históricos, en Estados Unidos las diferentes secciones norteamericanas jamás llegaron a obtener el rango de nación, ni nunca desarrollaron una conciencia nacional. La fortaleza de la unidad nacional desarrollada en los diversos estados y secciones, llevó a que el conflicto de secesión no se descarrilará en un conflicto entre dos naciones. A pesar de todas sus diferencias, los sureños eran partícipes en la tradición del nacionalismo común norteamericano, coherederos del pasado inglés y estadounidense de los siglos XVII al XIX. Su fundamento para separarse

¹¹ Ibid.; p. 116.

de la Unión, se basaba en su creencia de ser los mejores y más fieles a la idea original norteamericana, y no en un sentimiento “antiamericano”.

Al finalizar la Guerra Civil, el nacionalismo norteamericano emergió más fortalecido que nunca, pero al mismo tiempo más inflamado y radicalizado. Tanto en el Norte victorioso como en el Sur derrotado, se levantaron voces santificando el principio de unidad nacional y de un fuerte gobierno central contra las tradiciones de amplia diversidad federal y los derechos de los estados. Estos superénfasis sobre las atracciones de un gobierno fuerte y unificado encontraron su realización años después en el Nuevo Nacionalismo representado por Theodore Roosevelt, quien antepondría las necesidades nacionales a las ventajas seccionales y enfatizaría la importancia del poder ejecutivo como cuidador del bienestar público. Pero a pesar de estas situaciones, en general, los Estados Unidos respetaron el sentido de igualdad y moderación representado en su federalismo, y una libre diversidad sobre un pie de igualdad siguió siendo la expresión característica de la unidad norteamericana.

“Somos los romanos del mundo moderno, el gran pueblo asimilador”

Oliver Wendell Holmes, 1858.

El carácter de los Estados Unidos como tierra con entradas abiertas, “una nación de muchas naciones”, como lo denomina Hans Kohn, fue tan importante para el nacionalismo norteamericano como su identificación con la idea de libertad individual y su carácter federal. Los difíciles problemas inherentes a la libertad y al federalismo aparecieron en Estados Unidos desde el mismo momento fundacional de la nación, los creados por la inmigración tomaron una importancia fundamental para la nacionalidad norteamericana sólo después de 1846, cuando los irlandeses y alemanes comenzaron a llegar en gran cantidad. A diferencia de otras experiencias históricas conocidas, como es el caso de Argentina, donde la oleada inmigratoria trajo aparejados problemas para la naciente identidad nacional, en el caso norteamericano, por el contrario, la fortaleció y actuó desde el principio como una fuerza cimentadora, ya que los inmigrantes no se sintieron atraídos por

ninguno de los estados tradicionales o secciones del país. No vinieron para ser norteamericanos o sureños, sino para ser americanos.

Al igual que la mayoría de los países de América, Estados Unidos se convirtió en un país receptor de la gran oleada inmigratoria europea de mediados y fines del siglo XIX. Como la mayoría de estos países, carentes de hombres para trabajar la tierra y habitar el suelo, el gobierno norteamericano adoptó una política favorable para el ingreso y asimilación de la inmigración. En el caso norteamericano, esta proclamación de puertas abiertas a la inmigración estaba de acuerdo con la fe jeffersoniana acerca de la misión nacional de Estados Unidos como vanguardia de la humanidad en la lucha por la libertad individual y el encuadramiento de los ideales racionales y humanitarios del hombre occidental del siglo XVIII. La nación norteamericana habría de ser una nación universal, no sólo en el sentido de que la idea que quería concretar era universal y válida para toda la humanidad, sino también en el sentido de que era una nación compuesta de muchos grupos étnicos. Una nación, que se mantuviera unida por la libertad y la diversidad, debía integrarse firmemente alrededor de la lealtad a la idea norteamericana, una idea a la cual todos podían asimilarse precisamente porque era una idea universal.

Esta característica de ser “una nación de muchas naciones”, evidencia otra característica específica del nacionalismo norteamericano. Mientras que en el caso europeo la unidad de raza o credo fue uno de los elementos fundamentales en el surgimiento de las naciones, por el contrario, en Estados Unidos estos elementos nunca estuvieron presentes, ni fueron necesarios para que la nación norteamericana estuviera dotada de una gran fuerza y cohesión. La idea norteamericana de libertad, con su reconocimiento de la diversidad de orígenes y antecedentes religiosos, demostró ser un cimiento nacional más fuerte y una base más segura para una libertad en orden y para una prosperidad económica que los lazos de sangre o de religión común o la uniformidad de una sociedad cerrada. Según Hans Kohn, *“la mezcladora trabajó bien. No fue una mezcladora racial (...) estos inmigrantes se asimilaron en un sentido más profundo: en el sentido de una transformación espiritual. Pasaron a ser americanos en el sentido total de la*

*palabra, un sentido que no incluye orígenes raciales o étnicos, sino que se basa en la lealtad a una idea (...). Sin embargo, mediante su unidad ideológica, esta variedad produce una homogeneidad cultural y social y provoca un orgullo común hacia un futuro también común.*¹²

Este poner el acento en el futuro en vez de hacerlos en un pasado mítico, es otra de las características distintivas del nacionalismo norteamericano. Mientras que en la mayoría de los movimientos nacionalistas europeos del siglo XIX y XX el énfasis en un pasado común, lejano, cargado de mitos nacionales y héroes, jugó un papel primordial, en el caso de Estados Unidos, los norteamericanos frecuentemente trataron de evitar mirar hacia el pasado para no ver en su matriz el lazo común con los británicos. Antes que un pasado común, lo que jugó un rol fundamental fue su perspectiva de un futuro común. Como nación de muchos pueblos y credos, Norteamérica no podía permitir a sus componentes que miraran demasiado al pasado, que los dividía y frecuentemente los hacía antagónicos. Sólo podría mantener unidos en la libertad y la tolerancia a los diversos sectores de la sociedad, si los ciudadanos no volvían la mirada hacia atrás, sino siempre hacia delante, hacia un futuro común basado en la actividad individual dentro del marco de una constitución y una idea norteamericana común.

Por último, dentro de este apartado dedicado a la diversidad cultural y étnica del pueblo norteamericano, nos gustaría introducir algunas problemáticas acerca de las principales características de la identidad norteamericana. Para Hans Khon la tarea norteamericana de asimilar diversas corrientes raciales y grupos inmigratorios durante el siglo XIX y principios del XX fue todo un éxito, gracias al carácter unificador, único y asimilante del nacionalismo norteamericano. Sosteniendo que *“la cohesión de la nación americana en libertad es tan grande que puede no sólo soportar la diversidad sino (...) también una gran dosis de apatía cívica de sus ciudadanos. Una nación libre no puede ser una nación enteramente uniforme ni enteramente politizada.*¹³, este autor arrebate contra aquellos críticos de la sociedad norteamericana que, dejando de lado en sus

¹² Ibid.; p. 165.

¹³ Ibid.; p. 185.

análisis el poder unificador del nacionalismo norteamericano, afirman que el sólido apoyo nacional a las políticas de las diversas administraciones se basa principalmente en la carencia de un pensamiento crítico y politizado de la sociedad norteamericana.

Por su parte, sin necesariamente oponerse a esta visión, Edward Said sostiene que ninguna cultura es única y pura, todas son híbridas, heterogéneas, extraordinariamente diferenciadas y no monolíticas. Al preguntarse sobre qué constituye la identidad americana, sostiene que *“deberemos aceptar que como sociedad de inmigrantes formada sobre los restos de una presencia nativa considerable, la identidad norteamericana es demasiado variada como para configurar algo unitario y homogéneo. De hecho, la batalla en su interior se dirime entre los abogados de una identidad unitaria y aquellos que consideran el conjunto como un complejo, pero no reductivamente unificado. Esta oposición implica dos perspectivas diferentes y dos historiografías: una lineal y jerárquica, la otra un contrapunto muchas veces flexible . En mi opinión sólo la segunda perspectiva muestra una auténtica sensibilidad ante la realidad de la experiencia histórica.”*¹⁴

Mientras que para Hans Kohn la sólida cohesión de la nación norteamericana - consolidada gracias a la poderosa fuerza unificadora que jugó el sistema educativo *“al conseguir integrar al producto de muchas tierras en un sentimiento básico de ‘pertenecer’”*¹⁵-, fue una de las grandes obras de la civilización occidental moderna, para Edward Said generó un nacionalismo defensivo, reactivo y hasta paranoide. Para este último autor, es precisamente el sistema educativo norteamericano, con sus formas de educación y pensamiento acrítico e irreflexivo el que ha generado y reproducido esta particularidad del nacionalismo norteamericano.

Estas diversas visiones sobre el carácter del nacionalismo norteamericano, en cuanto a su identidad nacional y cultural y a su homogeneización o no, se vinculan directamente con la interpretación acerca del destino o misión de esta nación en el mundo, es decir, a la relación que establecieron los norteamericanos

¹⁴ Said, Edward; *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1996 (1993), pp. 30-31.

¹⁵ Kohn, Hans; op. cit., p. 185.

con el resto de los países durante los siglos XIX y XX. Ya que de acuerdo a cómo caractericemos a los componentes principales del nacionalismo norteamericano, interpretaremos la expansión norteamericana posterior a 1840.

Hacia la construcción de un imperio: el Destino Manifiesto

Recapitulando lo analizado hasta el momento, observamos que los fundamentos principales en los que descansa el nacionalismo norteamericano son: la idea norteamericana de libertad, la solución federal y su conformación como una “nación de muchas naciones”. Por último, nos gustaría introducir como apartado final de este trabajo algunas consideraciones acerca de la relación que entabló Estados Unidos con el resto de los países desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. La importancia de este hecho radica en que es en el análisis de las relaciones internacionales y de la política exterior norteamericano donde vemos desplegados en forma dinámica la interacción de sus fundamentos como nación.

En apenas un siglo, y utilizando según conveniencia a Dios y a la naturaleza, los EE. UU. habían dejado de ser una colonia y se habían convertido en una potencia política y militar llevando su influencia hasta el otro lado del mundo. A muchos norteamericanos les pareció que su país había aceptado la pesada carga de cumplir un Destino Manifiesto, por lo cual el resto del mundo debería estar agradecido. Este mito de la nación afortunada y elegida para gobernar el mundo fue el resultado de las peculiares circunstancias que concurrieron en la independencia de los EE.UU. y en su desarrollo como nación. El rápido crecimiento económico y su envidiada prosperidad reposan en su alejamiento de las disputas europeas durante el siglo XIX, en la fertilidad de una tierra virgen, en la riqueza del subsuelo, en la ausencia de instituciones jurídicas y políticas medievales, en la debilidad de los pueblos aborígenes que no ofrecieron estructuras sociales ni políticas consistentes, en el capital proveniente del viejo continente, en el flujo continuo de mano de obra preparada y en la posibilidad de extenderse hacia el Oeste, que atenuó durante mucho tiempo la lucha de clases.

Un poderoso impulso nacional y expansionista ha acompañado a los Estados Unidos desde su fundación. Los valores que alentaron el primer sentimiento anticolonial y llevaron en 1776 a la Declaración de Independencia y a la guerra contra Gran Bretaña justificaron luego la expansión nacionalista que dio paso a una nueva forma de colonialismo. Michel Aglietta ha señalado que *“la expansión es el fenómeno dominante en la vida norteamericana, incluso puede decirse que se identifica con la historia del país. Fue la obra consciente de grandes masas de la población durante generaciones.”*¹⁶ Este impulso expansivo apareció pronto en la joven república y cristalizó en el llamado espíritu de la frontera, que no era sólo la apetencia por descubrir y colonizar nuevos territorios y con ello convertir la tierra en un bien enajenable y la naturaleza en mercancía y en la base de la prosperidad económica, ni sólo un principio de organización territorial que se desplazaba hacia poniente, sino un principio ideológico que reflejaba la capacidad de la nación norteamericana para polarizar las actividades individuales en un sentido de progreso, de tal manera que el desarrollo del capitalismo y la construcción de la nación se identificaron en la conciencia de las masas populares, como señala Michel Aglietta.

El espíritu de la frontera, que inicialmente alentó la expansión hacia el Pacífico -la celebrada conquista del Oeste- pero no se detuvo en ella, fue configurando una doctrina política esencialmente pragmática que justificó las sucesivas anexiones. Esta doctrina, enunciada tempranamente, legitimaba la expansión, en unas ocasiones por la voluntad de Dios y en otras por las leyes naturales, cuando no por ambas, y afirmaba que los Estados Unidos asumían la pesada carga de tener encomendada una misión providencial. Así, a partir de las mesiánicas proyecciones de los padres fundadores, las aportaciones de sucesivos ideólogos, se fue formando una doctrina en la que se mezclaban modernos ideales políticos con la tradicional fe en Dios, la defensa de los derechos individuales y la confianza en la Nación, la seguridad de la República y la defensa del comercio, la expansión territorial y la voluntad de llevar a otros pueblos la buena nueva del gobierno republicano. Detrás de todo ello aparecía el designio de

¹⁶ Aglietta, Michel; *Regulación y crisis del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 52.

la divina Providencia, que había elegido a una nación pequeña para llevar a cabo una misión grande, en el transcurso de la cual se haría grande la propia nación, la confianza de un pueblo en sí mismo para llevar adelante el Destino Manifiesto de un país afortunado y la creencia de que al mundo le esperaba un luminoso porvenir si se dejaba guiar por una nación tan sabia.

En la segunda mitad del siglo XIX la idea del Destino Manifiesto empezó a ser aceptada y contribuyeron notablemente a que formara parte del credo nacional la publicación de los primeros volúmenes de la historia de Estados Unidos de George Bancroft y, sobre todo, la de un artículo de John O'Sullivan publicado 1845 en la revista *Democratic Review* de Nueva York, en el que el periodista explicaba las razones que justificaban la necesaria expansión territorial de Estados Unidos. Según Juan Ortega y Medina, historiador mexicano, los antecedentes históricos y teológicos de la doctrina religiosa y política del famoso Destino Manifiesto no deben remitirse exclusivamente al siglo XIX norteamericano, sino que en realidad se remontan al conflictivo siglo XVI, durante el cual estalló el conflicto entre el misoneísmo contrarreformista español y la modernidad reformista (anglicano-puritana) británica. *“Los norteamericanos recogerán al iniciarse el siglo XIX los elementos conflictivos del tremebundo diálogo tricenturioal y construirán con ellos una doctrina justificativa de su poder, de su superioridad y de su predestinado imperialismo. La herencia histórico-religiosa inglesa pasa casi íntegra a las colonias americanas y condiciona la formulación de la tesis misional, política, económica y espiritual. Con la independencia los colonos secularizarán al máximo la doctrina, que acabará siendo la que conocemos como destino patente o evidente (manifest).”*¹⁷

Tanto Hans Kohn como Juan Ortega y Medina, desde puntos de vista y enfoques analíticos completamente diferentes, concuerdan en remontar los fundamentos expansionistas norteamericanos a su base religiosa puritana. Pero mientras el primer autor sostiene que el pueblo norteamericano tuvo, durante todo el siglo XIX, una actitud antimilitarista basada en el carácter social y evangelista de

¹⁷ Ortega y Medina, Juan; *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989 (1972), p. 9.

la Cristiandad reformada, que lo llevó a concebir la expansión territorial como un medio para esparcir la democracia y sus bendiciones a nuevos y vastos espacios; Juan Ortega y Medina por el contrario afirma que la conciencia política norteamericana hizo suya la constante libertaria del expansionismo inglés y heredó de aquella audaz generación isabelina las premisas fundamentales para su imperialismo a escala continental y mundial. *“En el programa providencial-colonial inglés del siglo XVI y en su realización o destino patente, el impulso religioso, idealista y codicioso, amén de agresivo-defensivo, va a ser heredado en su totalidad por los norteamericanos, quienes llevarán las premisas teóricas y las prácticas absorbentes de la doctrina a su más descaradas, crudas y extremas posibilidades.”*¹⁸

Lo esencial es que desde su origen como nación, la obsesión de Estados Unidos ha sido encontrar la perfección social mediante un triple compromiso: con la divinidad (cumpliendo con el destino impuesto por Dios), con la religión (observando una moral intachable) y con la comunidad (defendiendo su libertad, su seguridad y su propiedad). A lo largo de su historia, los políticos de esa nación han invocado el favor de Dios en sus discursos y han insistido en la "misión trascendente" que tienen la obligación de cumplir.

Si bien el Destino Manifiesto, no es específicamente norteamericano -ya que bajo otros nombres, similares sentimientos de exuberante nacionalismo animaron a diversas fuerzas en toda Europa por la misma época-, su fundamento religioso y su importancia simbólica y política en la formación de la nación norteamericana hace del mismo un elemento fundamental en la comprensión no sólo del carácter expansionista inherente a la nación norteamericana, sino también, y más importante en su carácter fundacional del nacionalismo norteamericano. Esta idea de pueblo elegido que se prolongó y afirmó durante el siglo XIX, al secularizarse y politizarse, terminó transformándose en la idea, sostenida por los políticos norteamericanos, de la necesidad de “extender el área de la libertad” hacia todos los países y pueblos sometidos.

¹⁸ Ibid.; p. 78.

Como sostiene Edward Said, *“existe una evidente correspondencia, aunque a menudo disfrazada o inadvertida, entre la doctrina del siglo XIX del Destino Manifiesto (...), la expansión territorial de Estados Unidos, la extensa literatura de la justificación (la misión histórica, la regeneración moral o el desarrollo de la libertad) y la fórmula constantemente repetida desde la Segunda Guerra Mundial sobre la necesidad de una intervención norteamericana en éste o aquel conflicto.”*¹⁹ Independientemente de cuáles sean las actuaciones y políticas exteriores norteamericanas, es decir, ya sea que predomine el aislacionismo, el intervencionismo, el anticolonialismo o el imperialismo, la idea del liderazgo y el excepcionalismo están siempre presentes en la sociedad y el gobierno norteamericano.

Un patriota norteamericano

Los antecedentes norteamericanos no justifican confiar en el alarde de los guerreros de que aportarán a la democracia a Irak. ¿Deberían los norteamericanos agasajar la expansión del poder de la nación, con el enojo que esto ha generado entre tanta gente en el mundo? Sugiero que un patriota norteamericano a quien le importa su país podría actuar en pro de una visión diferente. En lugar de ser temidos por nuestra valentía militar, deberíamos querer ser respetados por nuestra dedicación a los derechos humanos. ¿No deberíamos comenzar por redefinir el patriotismo? Debemos expandirlo más allá de ese estrecho nacionalismo que ha causado tanta muerte y sufrimiento. Si las fronteras nacionales no debieran ser obstáculos para el comercio -lo llamamos globalización- ¿acaso tampoco debieran ser obstáculos para la compasión y la generosidad? El ingenio humano tendría que buscar otras formas. Tomas Paine usó la palabra "patriota" para describir a los rebeldes que resistían el imperio de la ley. También expandió la idea de patriotismo cuando dijo: "Mi país es el mundo. Mis compatriotas la humanidad".

Howard Zinn, historiador y autor de "Una historia del Pueblo de Estados Unidos".

¹⁹ Said, Edward; op. cit. p. 444.

La experiencia norteamericana, se basó desde el principio en la idea de un *imperium*, un dominio, un estado soberano que se extiende en población y territorio y crece en fuerza y poder. Sin embargo, tan influyente había sido el discurso que insistía en la idiosincrasia norteamericana, en su acierto y altruismo, que el “imperialismo”, como palabra o como ideología, se convirtió en algo raro en los textos de la cultura estadounidense, en su política o en su historia. Las actitudes norteamericanas hacia su propia “grandeza”, hacia las jerarquías raciales, hacia los peligros de otras revoluciones –puesto que la revolución norteamericana se considera única y de alguna manera irreplicable en cualquier otro lugar del mundo- han sido constantes, han oscurecido y también dictado las realidades imperiales, mientras que los apologistas de los intereses norteamericanos en el exterior insistan en el bien hacer, en la lucha por la libertad, en la inocencia norteamericana.

Esta actitud norteamericana de imponer en todo el mundo sus puntos de vista sobre la ley y la paz, anclada en sus fundamentos nacionalistas, ha llevado en la actualidad a que diversos sectores de la sociedad norteamericana y mundial comiencen a cuestionarse la idea de Estados Unidos como nación de valores universales. Pero a pesar de estos nuevos aires, tan complejos en esta nueva era que enfrenta “la libertad” con “el terrorismo internacional”, lo que sigue sorprendiendo y asombrando a cualquier estudioso del tema es el gran consenso que aún hoy en día sigue teniendo esta actitud que consiste “*en hacer que el norteamericano medio sienta que es cuestión «nuestra» arreglar los entuertos y los males del mundo*”²⁰ en la mayoría del pueblo norteamericano. Consenso que encuentra su clave de interpretación, únicamente desde nuestro punto de vista, si comprendemos los principales fundamentos del nacionalismo norteamericano. Este nacionalismo, que pese a sus debilidades y contradicciones, ha generado una de las naciones más coherentes, sólidas y poderosas de todos los tiempos.

Quizás, retomando la idea de Howard Zinn, en esta era de globalización, que trae aparejada un doble proceso de desintegración y exaltación de los nacionalismos, sea el momento propicio para redefinir en todos los ámbitos, y no

²⁰ Ibid.; p. 442.

sólo en el campo norteamericano, los elementos indispensable que deben conformar una nueva identidad cultural, que traspase las fronteras impuestas por la era del nacionalismo y su cómplice el capitalismo. Quizás sea este el momento oportuno para reflexionar desde el campo científico, acerca de las consecuencias de los movimientos nacionalistas en todas sus formas, ya sea democrática, socialista o autoritaria. Este es el objetivo principal que motorizó este trabajo, con la esperanza de que un cambio sea posible.